HOLY SEE PRESS OFFICE
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE
BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIEGE
PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLS

BOLLETTINO

SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE

N. sant

Jueves 27.12.2018

Visita del cardenal secretario de Estado a Irak: Santa misa en la catedral caldea de San José en Ankawa

Publicamos el texto de la homilía que el Secretario de Estado, S.E. el cardenal Pietro Parolin ha pronunciado esta tarde durante la celebración de la santa misa en la catedral caldea de San José de Ankawa, durante su visita a Irak en las festividades navideñas (24-28 de diciembre):

Homilía del Secretario de Estado.

Su Excelencia Mons. Bashar Warda
Su Excelencia Mons. Basilios Yaldo,
Excelencias,
Queridos sacerdotes,
Queridos consagrados y consagradas,
Distinguidas autoridades y miembros del cuerpo diplomático,
Queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Dirijo a todos vosotros aquí presentes mi saludo más afectuoso, también en nombre del Santo Padre Francisco, que me ha encargado que os transmita su bendición apostólica, junto con la seguridad de su cercanía y su recuerdo diario en la oración.

A mi llegada a la ciudad de Erbil, y particularmente aquí en Ankawa, he recordado inmediatamente el virtuoso gesto de acogida que habéis efectuado, especialmente en estos últimos años, con vuestros hermanos y hermanas llegados en gran número desde Mosul y la llanura de Nínive, pero también de otros lugares.

Con incredulidad y todavía con un escalofrío en el corazón recordamos las escenas trágicas del verano de 2014, cuando muchas personas, obligadas a huir de sus hogares, llamaron a vuestras puertas y encontraron una hospitalidad admirable. Recordemos las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: *"Cuanto hicisteis a uno solo de estos hermanos míos más pequeños, a mí lo hicisteis"* (Mt 25,40).

Al odio y la intolerancia se opusieron la solidaridad y la proximidad de tantas personas aquí, y en la Iglesia

universal, que ha querido sostener a los cristianos y a otros iraquíes que han sufrido con el recuerdo en la oración, con ayuda concreta e incluso enviando voluntarios. ¡Damos gracias al Señor por todo!

Los eventos recordados nos remiten al pasaje bíblico de Saulo en el camino a Damasco: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" oye decir el que se convertirá en Apóstol de las gentes. Y cuando responde a esta pregunta con la pregunta: *"¿Quién eres, Señor?",* le responden: *"¡Soy Jesús, a quien tú persigues!*" (Hechos 9: 5).

Cuando hablamos de persecución, hablamos de una estrecha relación de identificación de Jesús con sus discípulos. El que hace el mal al cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, lo hace a Jesús mismo. ¡Tanto ha querido el Señor unirse a nosotros!

En Navidad celebramos este misterio del amor de Dios que ha salido a nuestro encuentro hasta convertirse en uno de nosotros y ha querido unirnos estrechamente con él. Esta es la buena noticia que en estos días resuena en toda la Iglesia. "*El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros"* (Jn 1, 14). La verdadera luz que vence a la oscuridad ha venido al mundo e ilumina a cada hombre que derrota a las tinieblas. Y los que la acogen se convierten en hijos de Dios.

Como decía el santo Papa Pablo VI: "*La venida de Cristo al mundo es fuente de verdadera y gran alegría; la felicidad, la plenitud de vida, la certeza de la verdad, la revelación de la bondad y del amor, la esperanza que no defrauda, la salvación en una palabra, a la que el hombre aspira, finalmente se concede, está a nuestra disposición; y tiene un nombre, un nombre solamente: Cristo Jesús, Él es nuestra paz, porque Él, solo Él es el camino, la verdad y la vida* "(Mensaje Urbi et Orbi, 25 de diciembre de 1967).

¡Qué gran misterio de condescendencia de Dios y de ternura hacia nosotros! Jesús, el Hijo de Dios, Dios mismo, vino a compartir todo con nosotros, excepto el pecado, y también quiso asumir nuestro límite y nuestro sufrimiento. Por eso podemos sentirlo muy cerca. No eliminó el dolor, sino que lo transformó con la fuerza de un amor más grande, convirtiéndolo en un pasaje hacia la plenitud de la vida y la felicidad.

Hoy celebramos la misa en memoria de los niños inocentes asesinados por Herodes en Belén. Fueron sacrificados por el nombre de Jesús a pesar de que todavía no lo conocían. Ofrecieron la sangre por Cristo antes de que pudieran hablar. Como dice un Padre de la Iglesia: "¡*Oh, maravilloso don de gracia! ¿Qué méritos tuvieron estos niños para vencer de esta manera? ¡Aún no hablan y ya confiesan a Cristo! Aún no son capaces de enfrentar la lucha porque todavía no mueven los miembros, y sin embargo, ya llevan triunfantes la palma de la victoria* "(De los discursos de San Quodvultdeus).

Ante el misterio del sufrimiento y el dolor inocente nos quedamos sin palabras. Pero en este misterio se esconde la Buena Nueva de la victoria de Cristo, de un amor que supera todo mal. Al contemplar al Hijo de Dios, niño indefenso, recostado en un pesebre, podemos encontrar una respuesta a nuestras preguntas más profundas sobre la existencia del mal y de la muerte.

Queridos hermanos y hermanas, el mal no tiene la última palabra en la historia y en nuestra vida; la última palabra es la del amor de Dios que triunfa sobre él. A lo largo de la historia, ha habido numerosos mártires que dieron sus vidas por Jesús. Son la multitud de la que nos habla el libro del Apocalipsis, una multitud de todas las naciones, tribus, personas y lenguas que están de pie ante el trono de Dios y llevan ramos de palma en sus manos, símbolo del martirio, y cantan la salvación de Dios.

El Señor los unió a la cruz, pero también los unió a su victoria y a la vida eterna. *Ya no tendrán hambre, ni tendrán sed ... porque el Cordero, que está en medio de ellos, será su pastor y los guiará a los manantiales de las aguas de la vida.*

Vosotros sois una iglesia de mártires. La sangre de vuestros mártires y el testimonio de fe de muchos de vuestros hermanos y hermanas son un tesoro para la Iglesia y una semilla de nueva vitalidad.

A la luz de su ejemplo, os invito a continuar viviendo vuestra fe con alegría y gratitud. Os invito, como diría el Papa Francisco, a no dejar que os roben la esperanza. Os invito a continuar manifestando amor por todos y perdón, difundiendo el buen olor de Cristo entre vuestros compatriotas (vea 2 Corintios 2:14). Sed artífices de comunión, huyendo como de la peste de las divisiones, las disputas, las rivalidades dentro de vuestras comunidades y compitiendo por estimaros mutuamente, llevando los unos el peso de los otros. De este modo, os convertiréis en operadores de reconciliación y de paz en un mundo fragmentado, recordando que la Iglesia está en Cristo como un sacramento, es decir, es signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (ver LG No. 1).). Así daréis una contribución fundamental a la construcción de la sociedad y del país junto con vuestros paisanos

Me alegra que muchas familias hayan regresado a sus aldeas que están siendo reconstruidas felizmente. Espero que muchos otros puedan seguir pronto. Es responsabilidad de todos promover este retorno, asegurando las condiciones adecuadas para que se pueda reanudar una vida normal y pacífica.

El verdadero mensaje de Navidad es un mensaje de paz y de bien para todos, un mensaje de amor a los demás.

En este tiempo bendito, os deseo así como a todo Irak los dones de unidad, reconciliación y concordia. ¡Qué el nacimiento de Cristo el Salvador renueve los corazones, suscite el deseo de construir un futuro más fraternal y solidario y traiga a todos alegría y esperanza! Qué María, nuestra madre, Madre de la Iglesia os acompañe con su ternura y os sostenga en la esperanza! Así sea.